



Tomas Carlyle:

El héroe como



Carlos Collombino "La silla perturbada"

El héroe-divinidad, el héroe-profeta, fueron productos de tiempos pretéritos, imposibles en los que les siguieron, ya que el progreso científico disipa la confusión en los conceptos, porque sólo un mundo totalmente falto de ciencia permitiría a la mente del hombre concebir la suposición de que su semejante es dios o un ser cuya voz es divina inspiración. La divinidad y la profecía pasaron para siempre, teniendo que considerar al héroe con el apelativo menos ambicioso y menos discutible de poeta, carácter que no perece, porque es figura heroica propia de todas las épocas, que todas poseen, que pueden producir, ayer como hoy, que surgirá cuando plazca a la naturaleza. Si la naturaleza produce un alma heroica siempre podrá revertir la forma de poeta.

Los nombres de los grandes hombres, héroe, profeta, poeta, han variado, según la época y lugar, de conformidad con las variedades observadas en ellos, de acuerdo con la esfera en que se manifestaron. Según este principio les podríamos dar muchos más nombres. Indiquemos un hecho importante: que la diferencia ambiental constituye el origen de tal distinción: que el héroe puede ser poeta, profeta, rey, sacerdote, lo que queráis, según el ambiente en que nazca y se desarrolle.

Declaro no tener duda de que un hombre verdaderamente grande no pueda ser todo lo que puede ser un hombre. El poeta capaz de tomar la pluma y componer versos, no lograría escribir uno tan meritorio como el de él; no podría cantar al heroico guerrero de no ser él en cierto modo.

Imagino que en él está el político, el pensador, el legislador, el filósofo, que pudo ser todo eso, que lo es en el fondo. Por lo tanto, sostenido el criterio de que Mirabeau pudo escribir versos, tragedias, poemas, conmover los ánimos de su inflamado corazón, el fervor que en él había, las ardientes lágrimas que encerraba, si su inclinación hubiera tendido a ello. El carácter del gran hombre precisa de algo fundamental: que sea grande. Napoleón tuvo frases que igualan a la batalla de Austerlitz. Los mariscales de Luis XIV son hombres de genio poético: los dichos de Turena son sagaces y geniales, como los de Samuel Johnson.

En eso reside la grandeza de corazón, la vista perspicaz, sin que haya hombre que pueda prosperar en nada sin ella. Petrarca y Boccaccio pudieron ser excelentes diplomáticos, sin duda, puesto que efectuaron cosas mucho más difíciles. Burns, excelso poeta lírico, pudo ser un Mirabeau perfeccionado. Ignoramos en qué no hubiera sobresalido Shakespeare y en grado sumo.

Es verdad que existen aptitudes naturales: que la naturaleza no fundió a todos los grandes hombres en un mismo molde, y tampoco a los otros; que las aptitudes son muy diversas; que las circunstancias las superan en número: que estas últimas son las que más atraen la atención. En eso ocurre lo mismo que cuando el hombre vulgar aprende un oficio: si tomamos uno con relativa capacidad, que pueda sobresalir en cualquiera de ellos, convirtiéndolo en herrero, carpintero, albañil, eso lo lograría de entonces en adelante y nada más. Si, como afirma Addison, vemos un trajnero que vacila bajo su carga y cerca de él un sastre de hercúleo aspecto que cose un trozo de paño con minúscula aguja, salta a la vista que no se tuvo en ambos casos en cuenta la aptitud natural solamente. Eso ocurre con el gran hombre, ¿a qué debe dedicarse? Surge el héroe: ¿será conquistador, rey, filósofo, poeta? La controversia en cuanto a la apreciación entre el mundo y el héroe es un complejo inexplicable. Observará el mundo estudiando sus leyes que tiene ante sus ojos. En lo que el mundo le permita y ordene, reside el hecho más importante.

Las diferencias entre el poeta y el profeta son muy notables si nos atenemos solamente a las ligeras nociones que tenemos sobre ellos. En algunas lenguas antiguas ambos títulos son sinónimos, pues vates significa ambas cosas; porque, bien entendido, en todas las épocas, profeta y poeta tienen una significación muy análoga, siendo fundamentalmente idénticos también, especialmente en este importantísimo aspecto: que los dos penetraron en el sagrado misterio del universo, lo que llama Goethe secreto evidente.

—¿Cuál es el gran secreto? —pregunta uno.

El secreto evidente está delante de todos, siendo pocos los que lo ven. Ese divino misterio que reside en todas partes, en todos los seres, en la idea divina del mundo, la que está en el fondo de la apariencia, desde el cielo estrellado hasta la hierba del prado, pero especialmente la apariencia de hombre y su trabajo, es sólo vestidura, materialización que le hace visible. Este divino misterio tiene vigencia en todo tiempo y en todos los sitios, ciertamente. Mas la mayor parte de las veces, en casi todos los lugares se descuida mucho; y el Universo, definible siempre en una u otra lengua, como pensamiento de Dios realizado, se considera trivial, inerte, vulgar, como cosa inanimada que a tapicero hubiese rellenado, según el satírico. Inútil sería extendernos ahora sobre este punto; las cosas sensibles, al sernos desconocidas constituyen una ignorancia consciente, lo que es una lástima, ya que malogramos la vida, el poder vivir como decimos.

Dire a cualquiera que haya olvidado este divino misterio, que el vate, profeta o poeta, ha penetrado en él, que es hombre enviado para darnoslo a conocer con más eficacia. Por su mensaje nos revelará ese sagrado misterio, en cuya presencia vive más que otros; pues mientras los demás lo olvidan él lo conoce, pudiendo decir que ha sido llevado a conocerlo sin que se le pidiese su consentimiento, viviendo junto a él sin poder evitarlo. En esto no hay eco, sino discernimiento directo y fe; tampoco este hombre puede dejar de ser sincero.

Todos podemos vivir de un modo aparente, pero habrá alguno que sentirá una necesidad natural de vivir su realidad. Es el hombre que toma en serio el Universo, mientras otros lo toman a broma. Es vate ante todo, en virtud de su sinceridad. Como participantes en el secreto evidente, el poeta y el profeta son uno.

En cuanto a su diferenciación podríamos decir que el vate profeta ha comprendido ese sagrado misterio en su aspecto moral, como bien y mal, deber y prohibición, y el vate poeta es lo que llaman los alemanes, en su aspecto estético, bello y cosas por el estilo, podemos creer al uno revelador de lo que debemos hacer, al otro de lo que debemos amar. Pero también existe confusión entre ambos sectores, ya que no se pueden separar el uno del otro. El profeta considera también lo que debemos amar, como podríamos saber lo que debemos hacer de no ser por eso? La voz suprema que se oyó en la tierra dijo:

—Considera los lirios del prado; ni hilan ni tejen, no obstante, Salomón con toda su pompa no era tan hermoso como ellos.

Es como la mirada lanzada en la más honda profundidad de la belleza, los lirios del prado, mejor ataviados que los príncipes de la tierra, que surgen en el humilde surco, lindos ojos que nos miran desde el gran mar interior de la belleza. ¿Cómo podría producirlos la tierra si su esencia, áspera como parece y es, no fuera belleza interior? Bajo este aspecto pudiera tener sentido cierta frase de Goethe, que ha hecho vacilar a muchos:

—La belleza es superior al bien, por estar comprendido en ella.

La verdadera belleza que, sin embargo difiere de la falsa como el cielo difiere de Vauxhall. Eso en cuanto a la distinción e identidad entre el poeta y el profeta.

En todas las épocas hallamos algunos poetas de los que se dice que son perfectos, teniéndose por traidor a quien les atribuye faltas, cosa digna de nota, justa, pero que en su sentido estricto es ilusoria, pues en el fondo no hay poeta perfecto. En todos los corazones hay vena poética, no existiendo ningún vate que lo sea de pies a cabeza. Todos somos poetas cuando leemos bien un poema. ¿No creéis que la imaginación que se conmueve leyendo el infierno de Dante tiene la misma facultad, aunque más débil, que la propia del autor? Únicamente Shakespeare fue capaz de dar cuerpo a la leyenda de Hamlet tomándola de Saxo Grammaticus, como lo hizo; todos podemos componer una similar inspirándonos en ella, bien o mal.

No perdamos tiempo en definiciones, porque en lo que no hay diferencia específica, como entre redondo y cuadrado, siempre es arbitraria la comparación. El que haya desarrollado en sí un elemento poético y se distinga por ello, será llamado poeta por sus semejantes. Los universales, los que hay que considerar perfectos, son estimados por los críticos con este nombre.

El que se eleve sobre el nivel general de los poetas, parecerá universal a tal o cual crítico, y, no obstante, la distinción es y tiene que ser arbitraria, porque todos los poetas, todos los hombres tienen algún rasgo de lo universal, pero ninguno de ellos está únicamente integrado por él. La mayoría de los poetas pronto son olvidados, pues ni el noble Shakespeare u Homero, entre ellos, será eterno, llegando un día en que desaparecerá.

Pero, diréis que debe existir una diferencia entre la verdadera poesía y la verdadera habla prosaica. Y, ¿cuál es? Esto ha sido muy debatido por los escritores, especialmente por los últimos críticos alemanes, algunos de los cuales nos comprendemos a primera vista. Por ejemplo, dicen que el poeta contiene infinitud en sí, que comunica un Unendlichkeit, cierto carácter de infinitud a cuanto bosqueja. Esto, aunque impreciso, aunque nos parezca tan vago, es digno de recordar, porque bien meditado, hallaremos gradualmente alguna significación. Por mi parte, encuentro un considerable significado en la antigua distinción vulgar de la poesía, al decir que era métrica, que tenía música, que era melodía. Verdaderamente, si nos apremiasen para que diésemos una definición, diríamos ante todo; si su bosquejo es auténticamente musical, no sólo en las palabras, sino en